

PLUMA Y LAPIZ



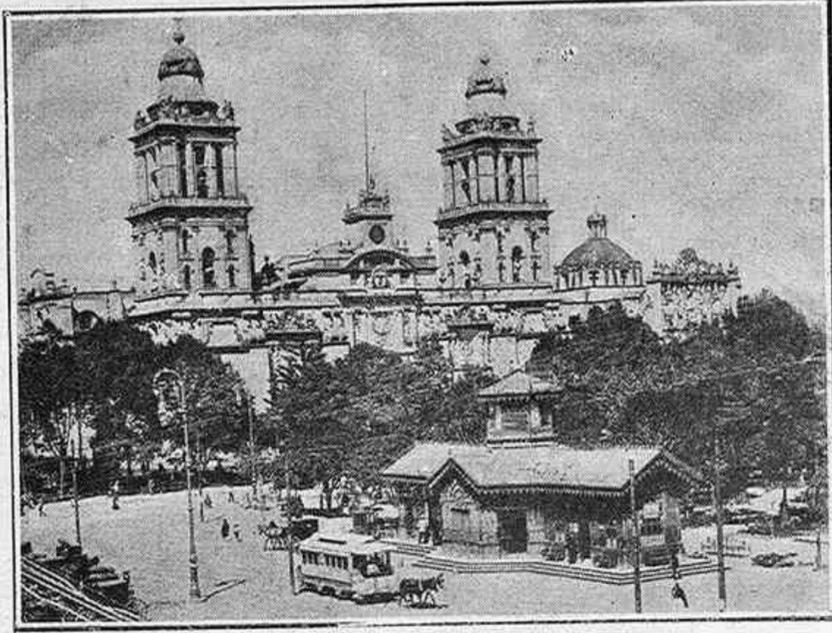
BIBLIOTECA
MADRID

NÚM. 101

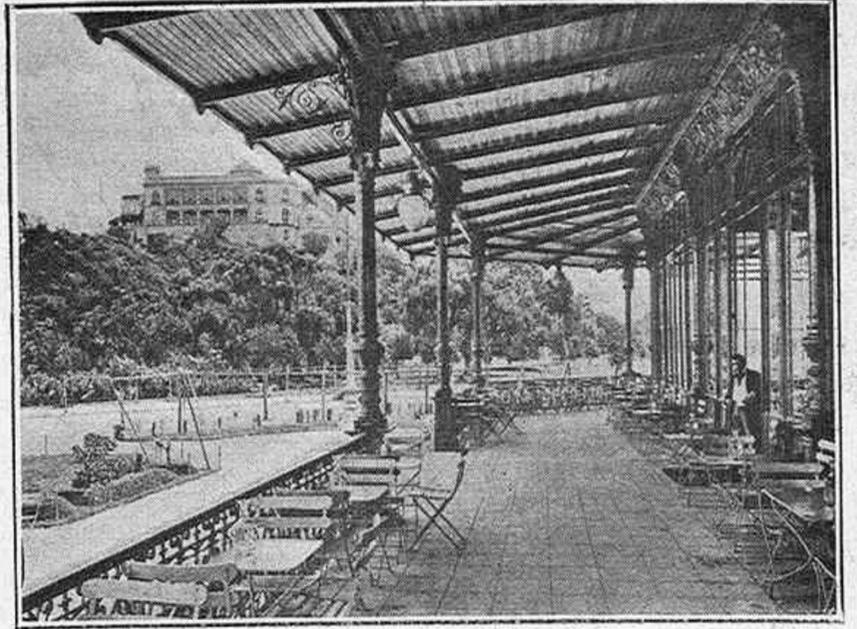
CARMEN PARREÑO, PRIMERA ACTRIZ DEL TEATRO ROMEA.
En el drama catalán, *Las euras del Mas*.

Fot. de Matarrodona.

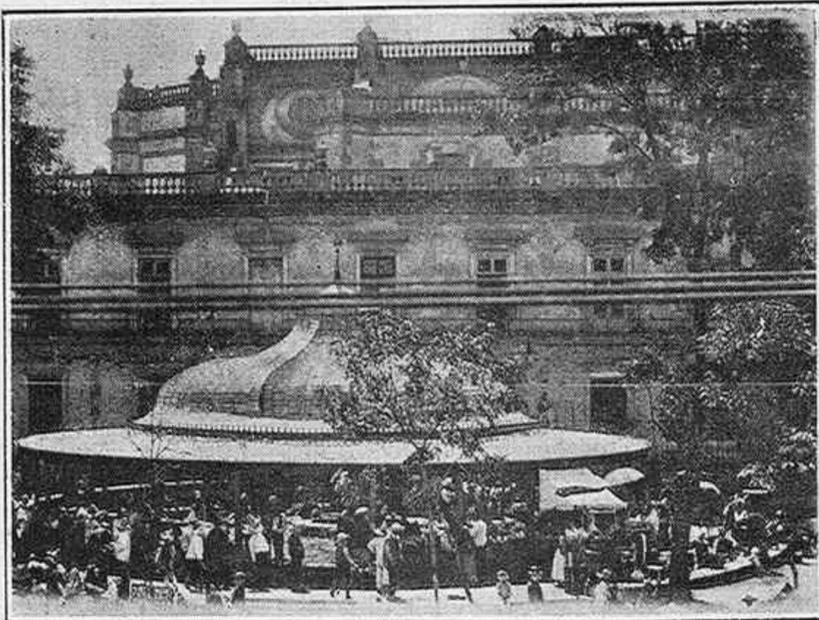
MÉXICO



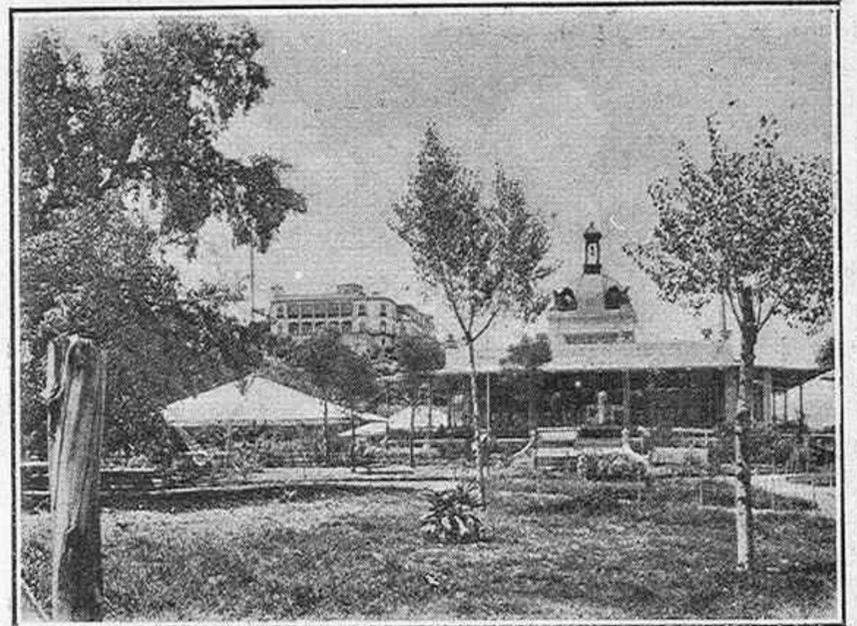
Plaza con la Catedral.



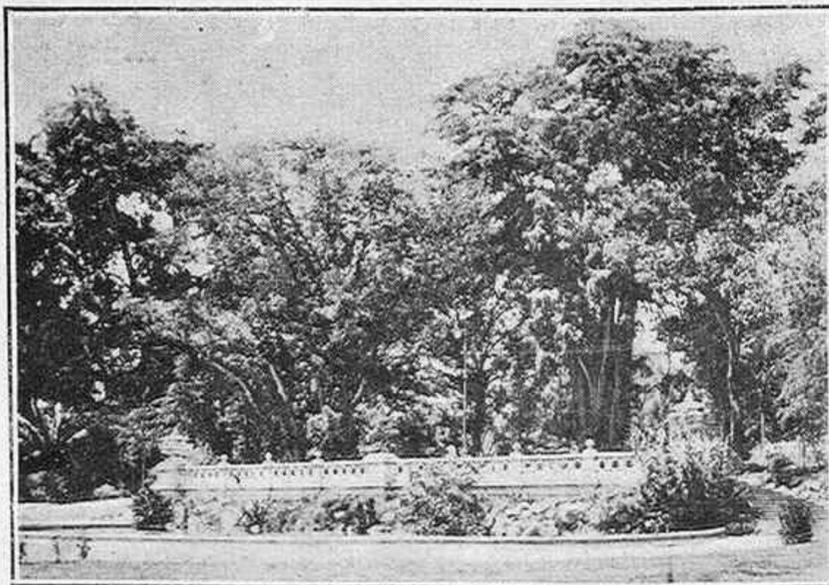
Restaurant de Chapultepec.



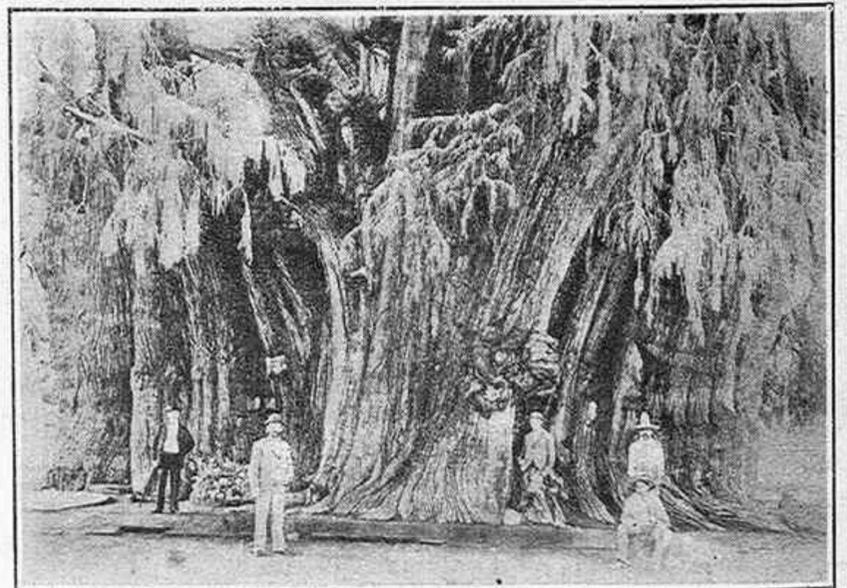
Mercado de Flores.



Chapultepec con el Restaurant.



Chapultepec.



Arbol de Tule, Oaxaca.

¡AL INFIERNO!



UNQUE á ustedes les parezca raro, yo tenía un amigo verdadero.

Nos queríamos como hermanos, más todavía, con un interés que rayaba en la exageración.

Pues bien, mi amigo y yo hicimos un trato originalísimo...

—Uno de los dos tiene que morir antes que el otro,—me dijo Alfredo una tarde, mientras paseábamos.

—Es lo más regular—le contesté.

—Y yo quisiera que nuestra amistad fuera más allá de la tumba fría.

—Por mí que vaya.

—Supongamos que eres tú quien muere antes.

A pesar del desinterés de nuestra amistad, confieso que aquella suposición no me dió gusto, pero la acepté como buena y mi amigo continuó:

—En tal caso, jura que has de buscarme, haciendo una escapatoria del *otro mundo*. Quiero saber antes de morir lo que hay por allá.

—Te lo juro—le dije muy serio—pero tú...

—Yo, á mi vez, te aseguro que si á mí me toca la china, no tardarás en verme á tu lado. Querer es poder, aun después de muertos.

A los dos años de esta conversación *le tocó la china* al pobre Alfredo.

Murió de una indigestión de ostras y se le enterró con gran lujo.

Y ustedes no se pueden figurar lo que yo hice para llamar á mi amigo.

Lo mismo de día que de noche, me escondía por los rincones de mi casa gritando: «¡Alfredo, aquí te esperol ¿Te has olvidado de tu promesa?»

Pero se conoce que Alfredo estaba muy lejos y no me escuchaba.

Por fin, una tarde calurosa del mes de Agosto, y cuando me encontraba durmiendo la siesta, sentí que me daban unos golpecitos en la cara.

Desperté sobresaltado y vi con sorpresa que Alfredo se encontraba á mi lado tan tranquilo y como si tal cosa.

—¿Cómo estás?—le pregunté, todo turbado.

—Yo, muerto. ¿Y tú?—me contestó.

—Bueno, para servirte;—respondí, sin darme cuenta de lo que decía.

—Por fin, he conseguido un permiso del Purgatorio, donde me encuentro por mi mala cabeza, y aquí me tienes, para cumplir la palabra que te empeñé. Ahora mismo nos vamos, para que veas lo que es bueno.

—¿Me enseñarás la Gloria?

—No hay inconveniente; pero no tiene nada de particular. Un concierto perpetuo, música celestial...

—¿Y el Purgatorio?

—Nada entre dos platos. Por las mañanas se entretienen en martirizarnos, y por las tardes nos dejan jugar al tresillo. El Infierno es lo que te ha de llamar la atención.

—Pues vamos al Infierno—exclamé con decisión, preparándome para efectuar el viaje.

—Andando—dijo mi amigo.—Pero antes iremos á tomar café, por última vez para mí. ¡De eso no venden por allá!

Diciendo y haciendo, salimos de casa, cogidos del brazo, tomamos el café, que mi amigo saboreó con deleite y desaparecimos por debajo de la mesa, sin pagar al camarero.

Como por encanto, nos encontramos frente á la puerta infernal.

Ustedes se figurarán que es tenebrosa; algo así como la entrada de una caverna, vomitando llamas y vapores de azufre; pues no, señores. La forma un pórtico con gran escalinata, que da acceso á un edificio inmenso rodeado de un frondoso jardín, donde abunda la fruta prohibida.

Junto á una columna del pórtico se encontraba el diablo portero leyendo *El País*. Al vernos llegar, se quitó el galoneado sombrero de tres picos y extendió la mano, como pidiendo el pase ó tarjeta para entrar. Mi amigo le entregó un papel; el portero lo examinó rápidamente y exclamó:

—*Touristas*; pueden pasar.

Lo primero que llamó mi atención fué un ruido extraño, algo así como muchos millares de personas rascando en las paredes con papel de lija.

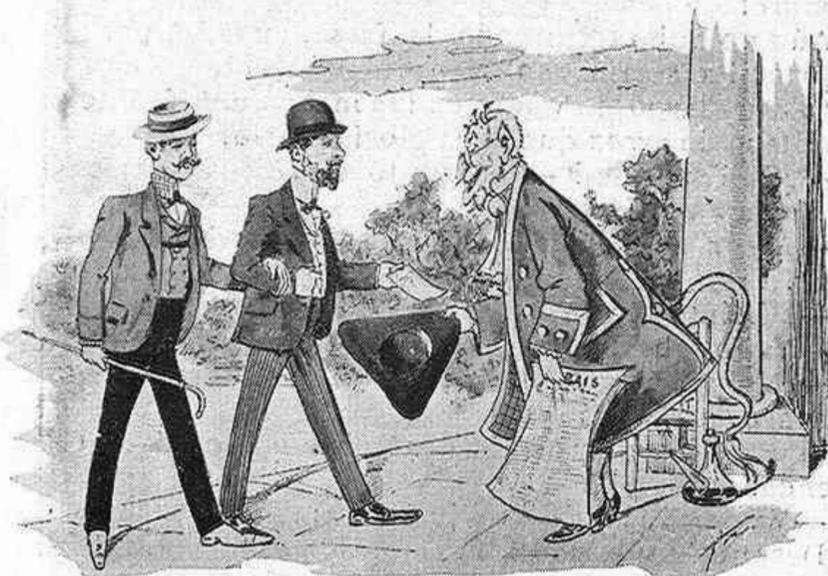
—¿Qué ruido es éste?—pregunté á mi compañero.

—Son curiales escribiendo causas. El ruido que oyes es de las plumas.

—¿Y cuándo salen de la oficina?

—Nunca. Por la noche les queman todos los papeles, y al día siguiente, vuelta á empezar. Un castigo como otro cualquiera.

Al final de una larga galería nos encontramos con una artística reja dorada á fuego lento.



En el interior pude admirar un salón ricamente amueblado, donde se encontraba un vejete rodeado de bastantes mujeres guapas, vistiendo trajes de capricho. Desde el desnudo hasta el de reina.

—¿Qué quiere decir esto?

—Otro castigo. El viejo fué un maestro de escuela que, en vez de enseñar, se iba al café á hablar mal del gobierno, y no contento con eso, llegó á comerse tres párvulos y un adulto.

—¡Qué horror! ¿Y esas mujeres?

—Son tiples del género *chico*, á quienes enseña á hablar el castellano.

—¿Y hasta que aprendan no cesa el martirio? Pues ya lo lleva largo.

En otra habitación me quedé encandilado al ver tanto dinero junto.

Las resmas de billetes del Banco llegaban hasta el artesonado del techo, y el resto de la sala se encontraba totalmente ocupado por inmensos montones de monedas de oro. Ni un mueble más.

—¿Ves aquel sujeto que suspira en aquel rincón?—dijo Alfredo.

—Le veo y le envidio;—contesté sin poderme contener.

—Pues ese fué un avaro muy rico que murió de

hambre, y ahora sufre igual tormento. Cada cinco días muere con el estómago pegado al espinazo.

—¿Y ese dinero?

—No le sirve de nada. Verás.

En este momento gritó el condenado:



—¡No puedo más! ¡Yo me muero! ¡Tengo mucha hambre!

Aún no hubo terminado la frase, cuando, por una puertecilla secreta, se presentó un cocinero con un rabo muy largo, llevando en las manos una fuente de oro llena de arroz que daba gloria olerlo.

—¿Qué me traes? — preguntó el recluso abriendo dos palmos de boca.

—Arroz con el gallo de la Pasión—gritó el cocinero.

—¿Cuánto me va á costar?

—Ya lo sabes; quinientas pesetas y la propina.

—¡No puedo, no puedo; eso es muy caro!—gruñó el avaro.

Y cocinero y arroz desaparecieron, como el Comendador.

—Vamos de aquí—le dije á mi amigo.

Después nos encontramos en una gran plaza, llena de diablos de todas clases y colores. En el centro, subido en un cajón de madera, había un hombre de larga barba, pregonando licor para la dentadura.

—Aquí, señores, aquí,—chillaba aquel desdichado. — No hay cosa mejor para las muelas que este licor. Mi plan es magnífico, no os engaño; y mi programa político... digo, mis proyectos, os darán á conocer lo ventajoso de este invento: yo soy el único que puedo salvaros; votadme... digo, compradme...

—¡Fuera, fuera! ¡Embustero!—gritaban las turbas endemoniadas.

DE ENRIQUE HEINE

No soy exagerado en mis deseos,
yo, para ser feliz, cual lo son tantos,
le pido á Dios muy poco: — buena casa,
buena mesa, buen vino, lecho blando,
frente á mi puerta un árbol, y si place
á Dios colmar mi dicha, que colgado
mire de cada rama á un enemigo.
Perdono al enemigo todo el daño
que hacerme quiso y pudo. Lo perdono...
pero después de ahorcado.

Y los chicos le arrojaban piedras, las mujeres le arañaban el rostro y los diablos grandes terminaban por arrastrarlo.

—Así le ocurre á este hombre todos los días,—siguió diciendo Alfredo.

—¿Es un sacamuelas?

—Un político, que viene á ser lo mismo.

También vi las terribles calderas donde se freían pecadores de todas clases, y otra infinidad de castigos que me pusieron la carne de gallina.

Antes de marcharme quise conocer al director del Infierno.

Mi amigo me acompañó y penetramos en un elegante despacho, donde se encontraba Don Pedro Botero, bebiendo una copita de coñac.

Después de los saludos de ordenanza y de hacerle la mar de preguntas, á las que me contestó con exquisita finura, le dije:

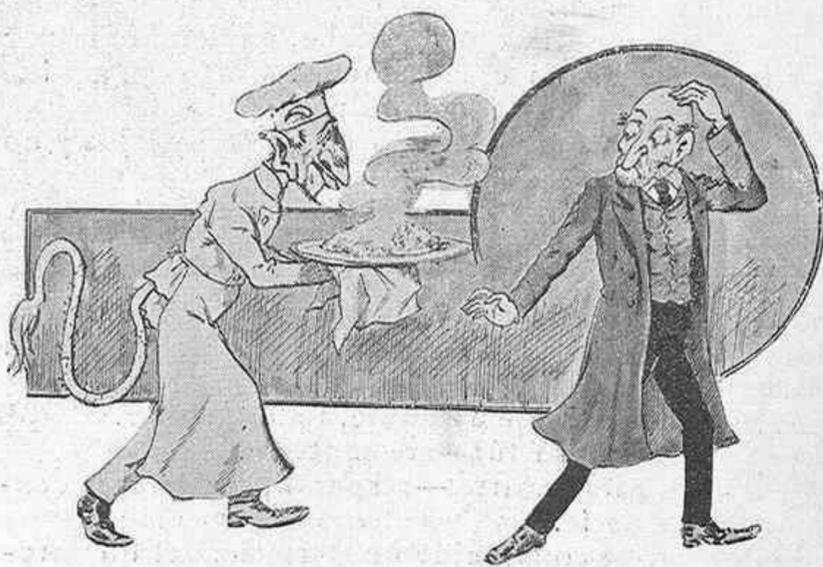
—Hombre, me ha llamado la atención no encontrar ningún monedero falso entre los condenados.

El diablo contestó sonriendo:

—Es que ha resultado que las monedas que ellos fabrican son mejores que las del gobierno.

Al llegar aquí, una llama muy viva hirió mis ojos, á la vez que me ahogaba un humo denso.

¡Claro! Me había dejado la colilla del cigarro junto á la caja de cerillas, y si no despierto tan pronto



termino achicharrado como los condenados de mi cuento.

JOAQUÍN ARQUES

Ilustraciones de R. FRADERA.

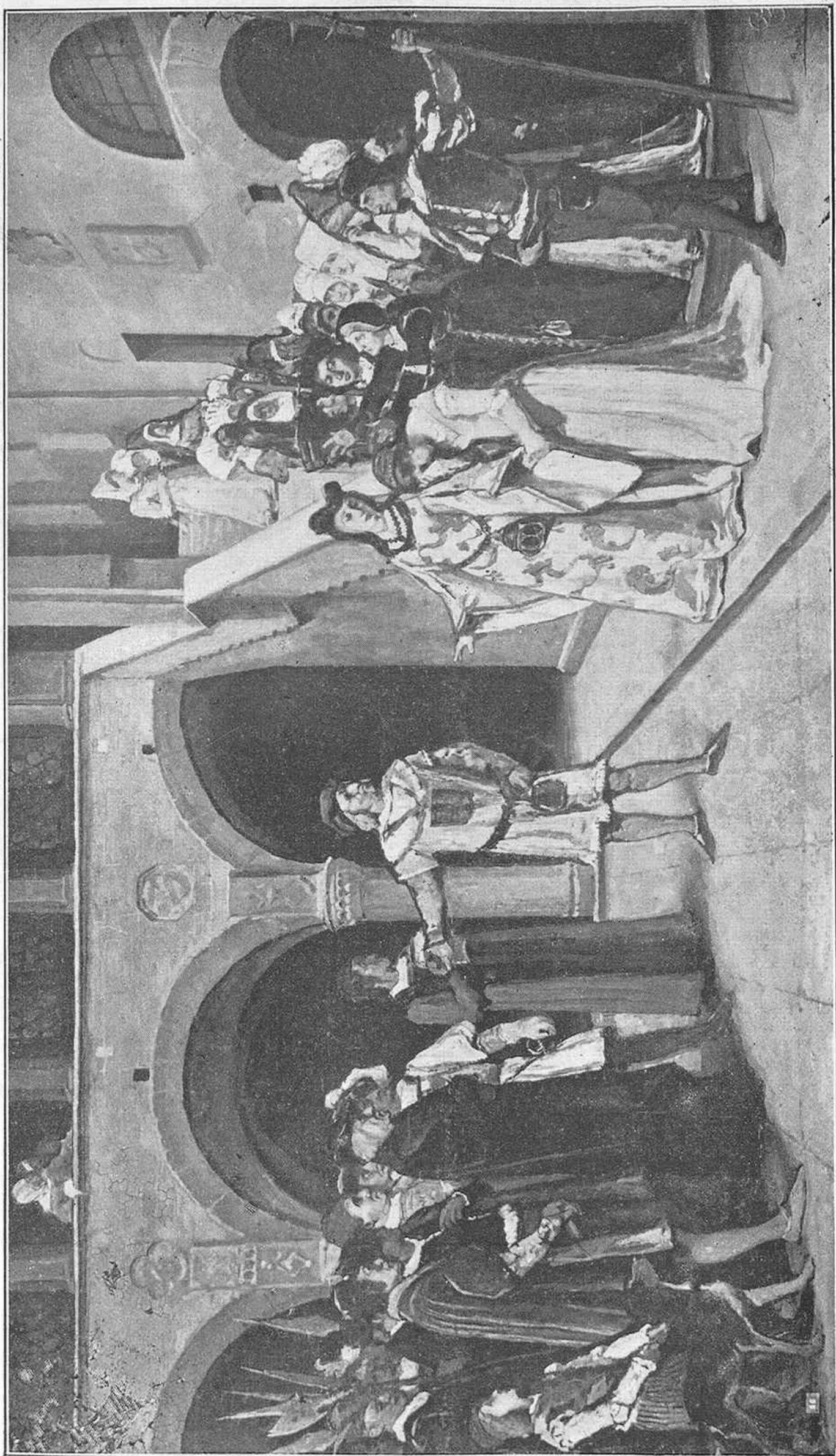
SIC SEMPER

Una estatua de corcho y otra de oro
del mar cayeron en el hondo abismo;
se hundió la que valía gran tesoro
y la otra se salvó del cataclismo.
De la santa justicia con desdoro
entre los hombres vi pasar lo mismo:
aquel que vale se hunde en mar ignota...
¡pero el hombre de corcho siempre flota!

RICARDO PALMA

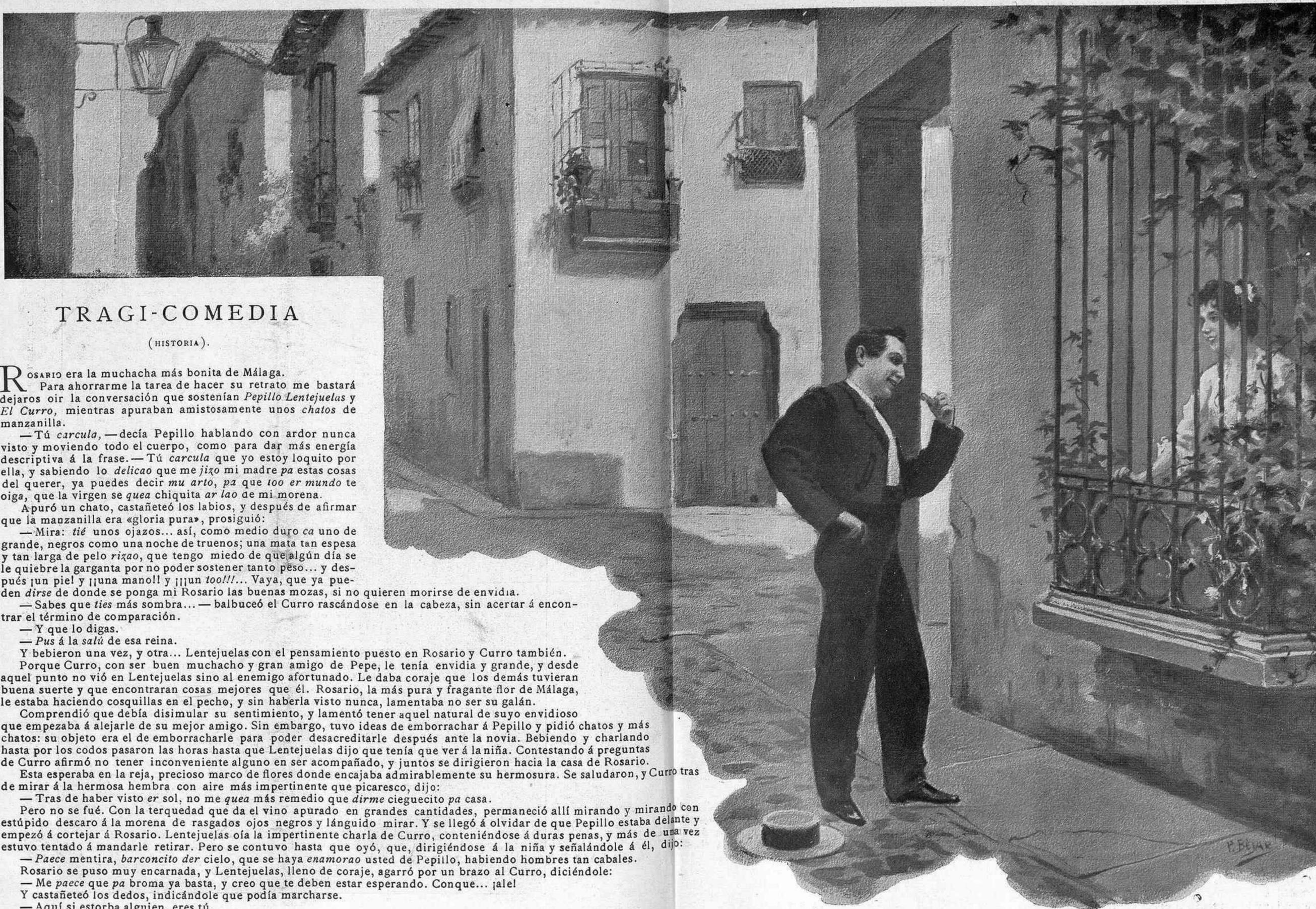
Lima.

E. ROSALES



DOÑA BLANCA DE NAVARRA ENTREGADA AL CAPITAL DE BUCH.

Fot. de J. Laurent y C.^ª (Madrid).



TRAGI-COMEDIA

(HISTORIA).

ROSARIO era la muchacha más bonita de Málaga. Para ahorrarme la tarea de hacer su retrato me bastará dejaros oír la conversación que sostenían Pepillo Lentejuelas y El Curro, mientras apuraban amistosamente unos *chatos* de manzanilla.

—Tú *carcula*, —decía Pepillo hablando con ardor nunca visto y moviendo todo el cuerpo, como para dar más energía descriptiva á la frase. —Tú *carcula* que yo estoy loquito por ella, y sabiendo lo *delicao* que me *jizo* mi madre *pa* estas cosas del querer, ya puedes decir *mu arto*, *pa* que *too er mundo* te oiga, que la virgen se *quea* chiquita *ar lao* de mi morena.

Apuró un *chato*, castañeteó los labios, y después de afirmar que la manzanilla era «gloria pura», prosiguió:

—Mira: *tié* unos *ojazos*... así, como medio duro *ca* uno de grande, negros como una noche de truenos; una mata tan espesa y tan larga de pelo *riçao*, que tengo miedo de que algún día se le quiebre la garganta por no poder sostener tanto peso... y después ¡un piel y ¡¡una mano!! y ¡¡un too!!!... Vaya, que ya pueden *dirse* de donde se ponga mi Rosario las buenas mozas, si no quieren morir de envidia.

—Sabes que *ties* más sombra... —balbuceó el Curro rascándose en la cabeza, sin acertar á encontrar el término de comparación.

—Y que lo digas.

—*Pus* á la *salú* de esa reina.

Y bebieron una vez, y otra... Lentejuelas con el pensamiento puesto en Rosario y Curro también.

Porque Curro, con ser buen muchacho y gran amigo de Pepe, le tenía envidia y grande, y desde aquel punto no vió en Lentejuelas sino al enemigo afortunado. Le daba coraje que los demás tuvieran buena suerte y que encontraran cosas mejores que él. Rosario, la más pura y fragante flor de Málaga, le estaba haciendo *cosquillas* en el pecho, y sin haberla visto nunca, lamentaba no ser su galán.

Comprendió que debía disimular su sentimiento, y lamentó tener aquel natural de suyo envidioso que empezaba á alejarle de su mejor amigo. Sin embargo, tuvo ideas de emborrachar á Pepillo y pidió *chatos* y más *chatos*: su objeto era el de emborracharle para poder desacreditarle después ante la novia. Bebiendo y charlando hasta por los *codos* pasaron las horas hasta que Lentejuelas dijo que tenía que ver á la niña. Contestando á preguntas de Curro afirmó no tener inconveniente alguno en ser acompañado, y juntos se dirigieron hacia la casa de Rosario.

Esta esperaba en la reja, precioso marco de flores donde encajaba admirablemente su hermosura. Se saludaron, y Curro tras de mirar á la hermosa hembra con aire más impertinente que picaresco, dijo:

—Tras de haber visto *er* sol, no me *quea* más remedio que *dirme* cieguécito *pa* casa.

Pero no se fué. Con la terquedad que da el vino apurado en grandes cantidades, permaneció allí mirando y mirando con estúpido descaro á la morena de rasgados ojos negros y lánguido mirar. Y se llegó á olvidar de que Pepillo estaba delante y empezó á cortejar á Rosario. Lentejuelas oía la impertinente charla de Curro, contentándose á duras penas, y más de una vez estuvo tentado á mandarle retirar. Pero se contuvo hasta que oyó, que, dirigiéndose á la niña y señalándole á él, dijo:

—*Paece* mentira, *barconcito der* cielo, que se haya *enamora*o usted de Pepillo, habiendo hombres tan cabales.

Rosario se puso muy encarnada, y Lentejuelas, lleno de coraje, agarró por un brazo al Curro, diciéndole:

—Me *paece* que *pa* broma ya basta, y creo que te deben estar esperando. Conque... ¡ale!

Y castañeteó los dedos, indicándole que podía marcharse.

—Aquí si estorba alguien, eres tú.

—Vete, y no me busques las *cosquillas*, *mia* que las tengo, aunque no me ría cuando me las encuentran.

Fueron enredándose las palabras, que el vino hacía más broncas y ardorosas; la sangre se calentó hasta ponerse febriles los cuerpos, y Curro, que era un valentón de esos que se creen que todo el campo es suyo, llegó á tirar de navaja, diciendo con calma que hizo gritar espantada á Rosario: —Vaya, niño, se acabó: dí dónde quieres que te entierren y reza por tu alma.

Lentejuelas, ciego de coraje, buscó en sus bolsillos un arma con que defenderse y no encontrándola, sin ver siquiera lo que hacía, se abalanzó á su contrario descargando en él tal cúmulo de puntapiés y puñetazos, que Curro tiró la

navaja al suelo y echó á correr desesperadamente creyendo que se le venía el mundo encima; causando en su huida no poco regocijo á Rosario que, orgullosa de ver á Pepillo vencedor, le dirigía ardientes y acariciadoras miradas.

El valentón no se cuidó de volver por el arma perdida, tal miedo llevaba en el cuerpo, y siguió corriendo, á todo correr, hasta que convencido de que Lentejuelas no le seguía, se paró y reponiéndose un poco, detuvo al primer transeunte preguntándole:

—¡Oiga usted, compare! ¿Sabrá usted decirme aonde hay una iglesia?

—¿Pa qué quiere usted iglesias á estas horas?

—Pa avisar al cura pa que venga con los últimos: hay ahí un niño que m'a fartao y no quiero que se vaya der mundo sin sacramentos.

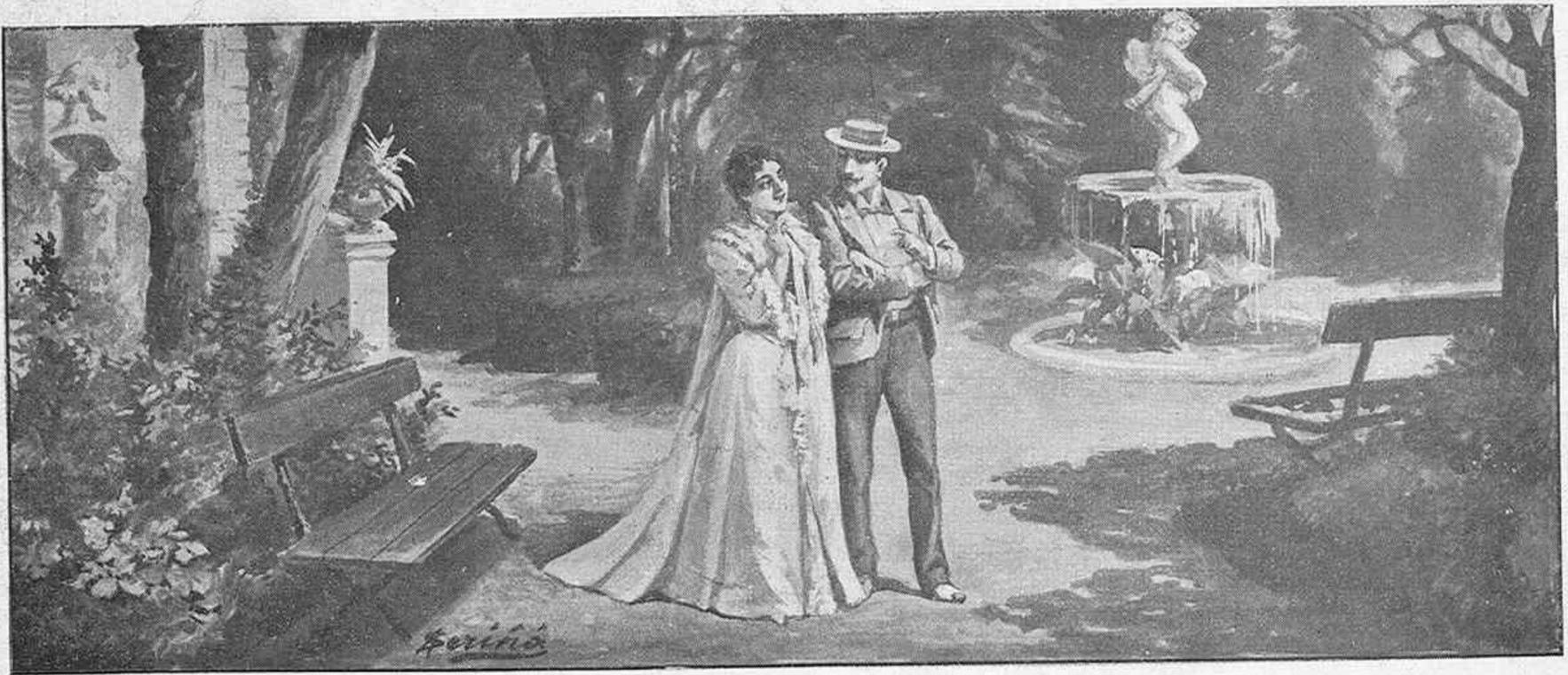
Y echó á andar calle arriba, dejando la iglesia á un lado, y contentándose con entrar á beber unos chatos y limpiarse la ropa en la primera taberna que encontró.

RAFAEL RUÍZ LÓPEZ

CINTA AZUL

DEL LIBRO INÉDITO «MANCHAS DE TINTA».

CON campanadas lentas como palabras de profeta anciano, en el reloj de la vecina iglesia acababan de sonar las dos de la madrugada. Ricardo, á pesar de haberse retirado á su cuarto á las nueve de la noche, aún no había podido dormir y al sonido grave de la campana del templo se levantó del lecho, se llevó las manos, frías y temblorosas por el insomnio, á la cabeza y se sentó en su antiguo sillón de terciopelo verde. Entonces



dió rienda suelta á los recuerdos que en tropel á su cerebro venían en ese instante, y al pensar en que la luz de la próxima aurora le encontraría casado, tembló como un niño enfermo y nervioso á quien se le asusta con gnomos y duendes.

Pronto, muy pronto, á las cuatro, antes de que la población se despertara y los curiosos pudieran asomar por las ventanas sus cabezas cubiertas aún con el gorro de dormir, la celebración de su matrimonio se iba á realizar; y el recuerdo de esto despertaba en él otro amargo y muy terrible que le alfileraba el cerebro, le obligaba á estremecerse como un neurótico y le mareaba. Esa evocación del pasado, amarga y tenaz, le había impedido conciliar durante esa larga noche el sueño que tanto había él deseado y que aún persistía en alejarse de sus ojos, dejando que el Recuerdo Negro se agarrara á su imaginación para obligarle á evocar épocas pasadas, llenas de dicha y regocijo, que ya no volverían jamás...

¡Casarse! Sí; lo iba á hacer; pero ¿por qué? ¡Ah! Este era el recuerdo que le martirizaba, obligándole á desear hasta no haber existido, y aunque la reflexión haciale comprender que él solo, por propia voluntad, se había comprometido, como hombre de honor y caballero, á hacer de Amelia — la rubia encantadora de ojos azules como el cielo — su esposa, él persistía en el deseo de encontrar una excusa satisfactoria para disculparse á sí mismo.

* * *

¿Cómo y en qué lugar había Ricardo conocido á Friné?

El no lo recordaba; pero la amó con pasión loca y desesperante y ella correspondió á ese amor; ambos jóvenes, con el alma repleta de ilusiones, de ansias justas y adorables, propensos al Amor, se abandonaron — sin estudiar mutuamente sus propios caracteres — á fomentar y dejar crecer una pasión ardiente y poderosa.

* * *

Friné era muy bella; tenía el cabello largo y castaño, la frente tersa, los ojos pardos y expresivos, las mejillas rosadas é incitantes; los labios gruesos, repletos de sangre ardiente, convidaban al beso; su cuerpo todo era perfecto; pero sobre ese conjunto admirable resaltaba una cosa que poseía Friné, un algo que

extasiaba por completo á Ricardo y que sobre él ejercía una sugestión completa y un imperio absoluto: la voz. La voz de Friné era la más sugestiva y más dulcemente halagadora que se puede escuchar: era dulce y armoniosa como el trino de los bajoneros cuando, llenos de regocijo y esponjando sus sedosos plumajes, cantan en las montañas despidiendo al Sol que hunde su frente de oro tras la lejana sierra azul, velada apenas por las brumas cenicientas de la tarde.

Escuchando esa voz, Ricardo se quedaba extasiado; el sonido de ella le adormecía, le obligaba á delirar, y muchas veces, ebrio de admiración y de cariño, llegó á desesperarse al pensar que no podría nunca poseer materialmente ese tesoro inapreciable, esa voz divina y arrulladora que tanto él adoraba.

* * *

Una noche paseaba Ricardo con Friné por el jardín. Iban del brazo y ella se complacía en admirar el Cielo tachonado de estrellas que parecían lirios de oro, y la luna, pálida, que con sus rayos de plata, acariciábale amorosa y castamente su frente angelical. El se entretenía en contemplar á Friné vestida con una bata de *surah* blanco que dejaba adivinar las redondeces y curvas de su cuerpo aspásiano; en el pecho lucía ella un lazo de cinta azul.

En él Ricardo fijó amorosamente sus ojos, y ella, al notar que la miraba, le dijo:

—¿Te gusta mi lazo azul?

—Sí,—respondióle;—¿no es verdad que me lo darás como un recuerdo grato de esta noche feliz?

—¡He prometido que guardaré esta cinta y no te la daré jamás!

—¿Lo prometiste? ¿Tú? ¿A quién?

—A una amiga; ella supuso, admirándole su color azul, que tú la desearías, y me lo dijo; yo, entonces, por un vano capricho mujeril, le prometí que te la negaría y estoy dispuesta á cumplir mi palabra.

Ricardo suplicó repetidas veces á Friné que le cediera el lazo; pero ella persistió con ahinco en no com-



placerle, y entonces él, herido por tan tenaz é infundada negativa, en el retiro apacible de su cuerto de soltero, se prometió firmemente que, para infundirla celos y hacerla sufrir, haríale creer, á ella y á la sociedad, que estaba enamorado de Amelia.

Hízolo así, y sin saber cómo se encontró preso moralmente por la que había escogido como instrumento de su venganza y, adorando á Friné con toda su alma, por no humillarse ante ella, á pesar de lo mucho que la amaba, celebró compromiso de esponsales con la otra.

Y la hora en que debía cumplir Ricardo su palabra se acercaba; en el sofá, allí, junto al lugar en que él sufría un arrepentimiento amargo y cruel, estaban su casaca y su *clak*, ya dispuestos para la ceremonia.

Se levantó para ponérselos y cuando hubo terminado exclamó:

—Hoy hace un año que Friné no quiso darme su cinta azul... ¡Qué horrible coincidencia!

* * *

La iglesia no estaba del todo iluminada. Sólo las luces del altar en que se celebró el casamiento rompían débilmente la obscuridad del templo.

Ricardo supo dominar la emoción que le embargaba y, sin temblar, con paso firme, después de terminada la ceremonia, le dió el brazo á Amelia que era ya su esposa, y se encaminó hacia la puerta por donde pocos momentos antes había entrado en compañía de los invitados.

Al salir, recostada contra uno de los pilares de la iglesia, una mujer pálida, con los ojos brillantes, toda vestida de negro, cubierta con un manto del mismo color, le puso entre las manos á Ricardo, sin que nadie se apercibiera de ello, una cinta azul.

Era Friné.

* * *

Ocho días después, una mañana, apareció Amelia muerta en su cámara. Alguien la había asesinado, estrangulándola, y para ello le había amarrado fuertemente al cuello una cinta azul, que aún conservaba el cadáver cuando la autoridad fué á cumplir con su deber...

Panamá.

ALEJANDRO DUTARY

MI AMOR



(A LA BELLA JOVEN M. LAVERINA).

No sé ni á dónde voy, ni lo que
pendiente tengo el alma de un [espero:
no te quiero mirar, pero te miro: [suspiro:
¡no te quiero querer, pero te quiero!
Voy al templo á rezar en mis
de este insensato afán para olvidarme, [enjos,
y olvido la oración por acordarme
de la divina lumbre de tus ojos.
La eterna vida á tu capricho

[entrego:
falto de luz tu caridad reclamo:
pintan ciego al amor, y yo te amo...
¡tu compasión implora un pobre

[ciego!
Ausente de tu amor si quiero verte,
cierro los ojos con segura calma,
y te miro en el fondo de mi alma,
reina y señora de mi triste suerte.

Delirio llaman al amor... y es
amar es delirar... ¡sí, yo deliro [cierto,
cuando, por ti, mi dulce bien, suspiro
sin esperanza en mi infeliz pasión!
Mi espíritu exaltado vaga incierto
en alas de su loca fantasía,
y adormece el dolor del alma mía,
de todos sus sentidos la ilusión.

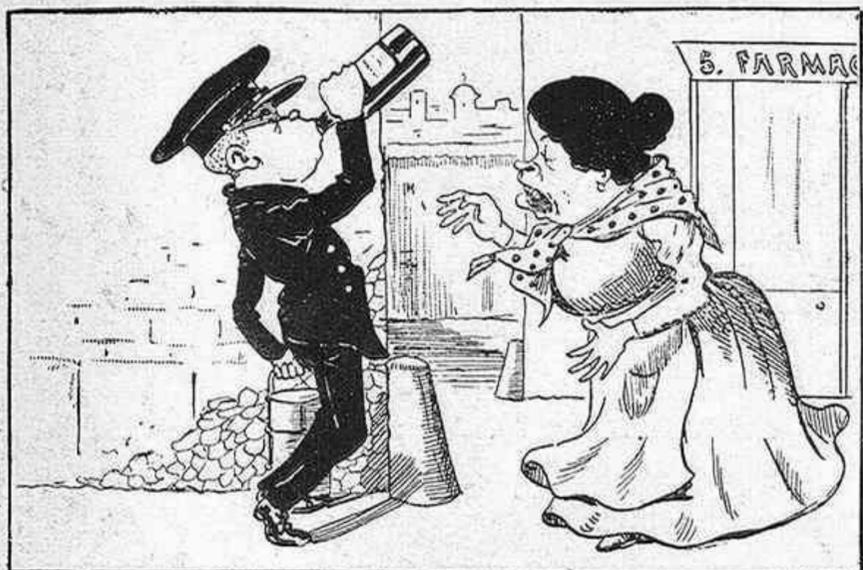
PEDRO JUAN GUILLEM



1. — Su esposo está grave, doña Pancracia, mas yo casi tengo la seguridad de que con unas tomas de este vino preparado con *hicopercloruro magnesio de cal*, podremos llevarlo á puerto de salvación.



2. — Anda volando á la botica, y que te den un a botella de lo que aquí va escrito.



3. — ¿Qué traes ahí, vino? Pues... ¡hasta verte, Jesús mío!!
— Pero... ¡¡Si es *mecina*!!



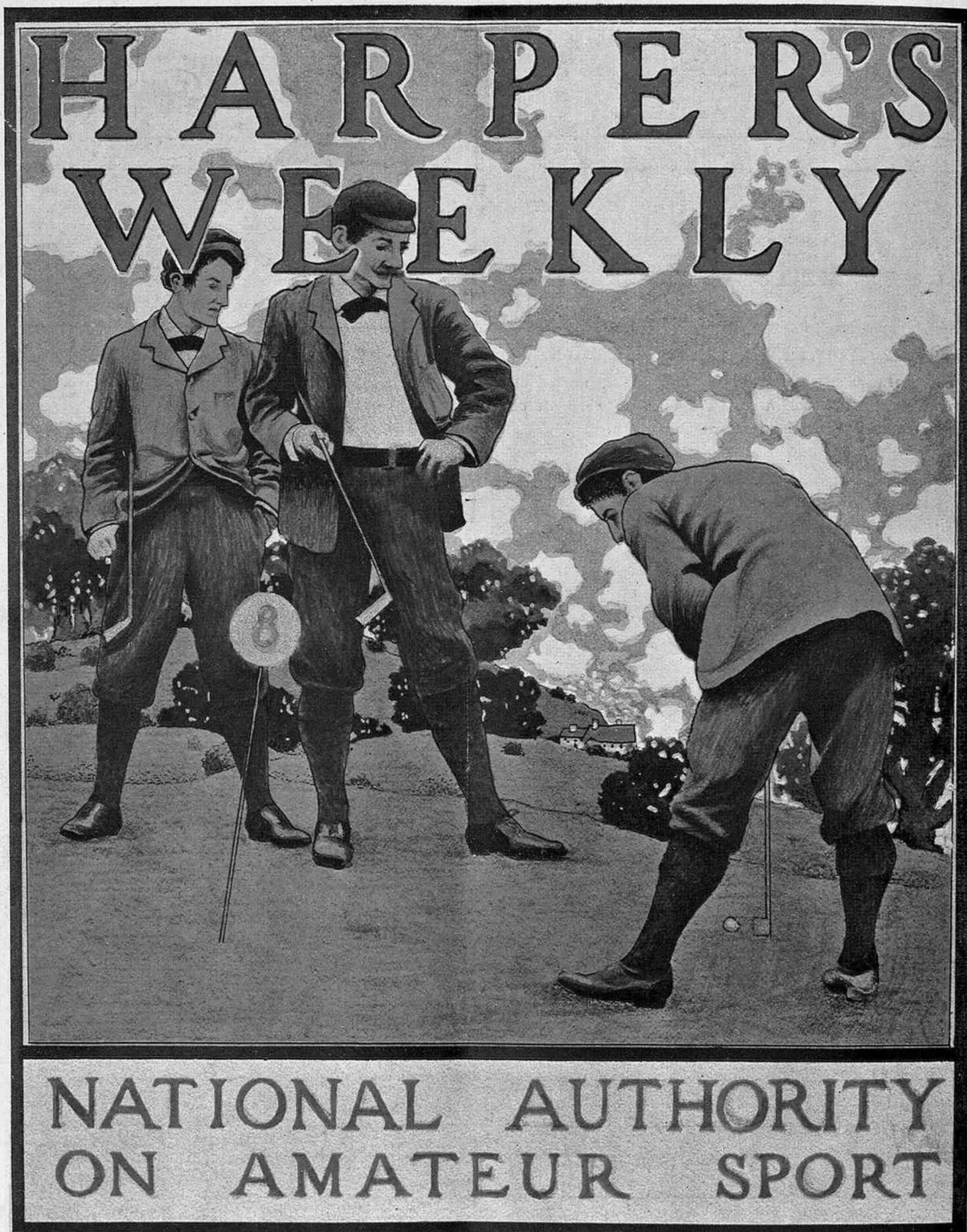
4. — ¡Ay! Por Dios, señor Onofre, lléneme esta botella de vino bueno. ¡Gi! ¡gi! ¡gi!
— Vamos, mujer, no llores. ¿Lo quieres blanco ó tinto?
— A mí me es igual.



5. — Epílogo: El asistente, casi reventó y...



6. — (El doctor): ¡No, si todas cuantas veces he recetado este vino compuesto, me ha dado excelentes resultados. ¡Es la panacea universal!



Cartel anunciador de la Revista semanal «Harper's», autoridad nacional para los aficionados al sport.

SERIE 2.^a

NÚM. 40